



ADMINISTRACIÓN:

PLAZA DE LA UNIVERSIDAD, N.º 14
BARCELONA

APARTADO DE CORREOS: 147

Teléfono: 1150

DIRECTOR POLÍTICO:

D. FRANCISCO DE P. OLLER

REVISTA POLITICO-MILITAR ILUSTRADA

DIRECTOR ARTÍSTICO:

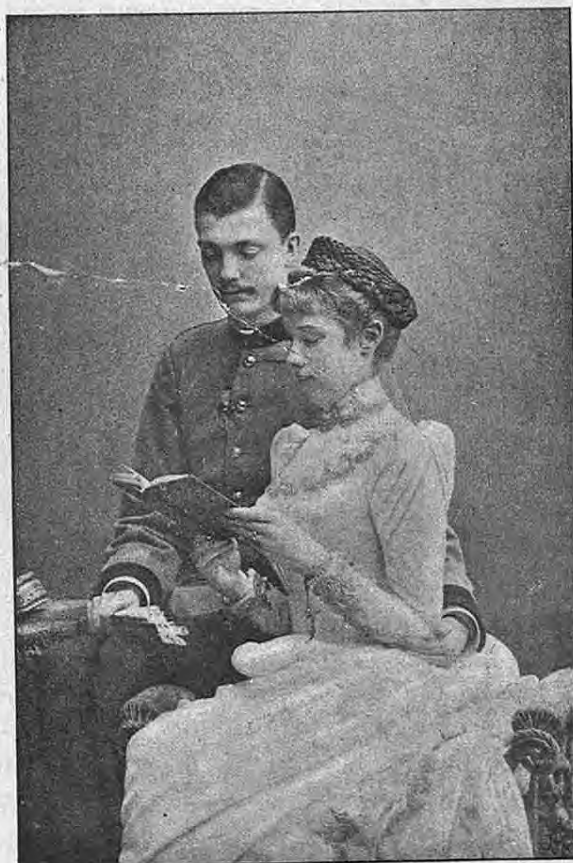
D. PACIANO ROSS

COLABORADORES

Excmo. Sr. D. Hermenegildo Díaz de
Cevallos.
Excmo. Sr. Marqués de Valde-Espina.
Excmo. Sr. Marqués de Cerralbo.
Excmo. Sr. Barón de Sangarrén.

D. Antonio Brea.
Excmo. Sr. Marqués de Tamarit.
D. Joaquín J. Llorens F. de Córdova.
D. Juan Vidal de Llobatera.
D. Ramón Vila y Colomer.

D. Tirso de Olazábal.
D. Manuel Rodríguez Maillo.
D. Gabriel J. Llompard.
D. Carlos Cruz Rodríguez.
D. Reynaldo Brea.

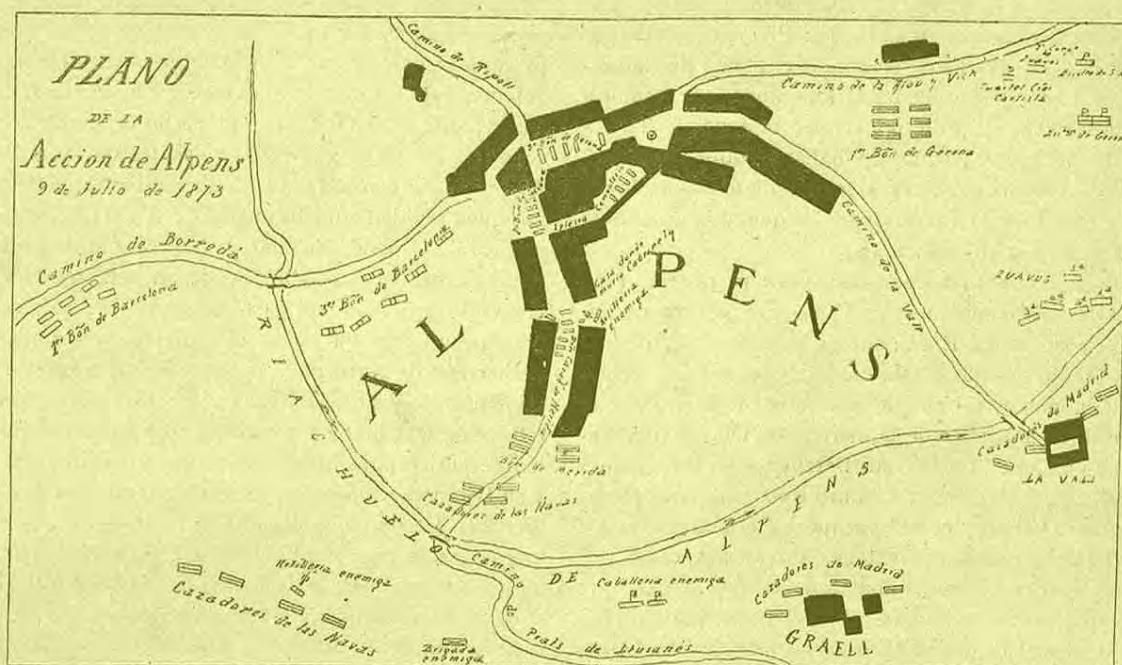


Archiduques Francisco Salvador y María Valeria.

dante general Lizárraga, para que, tomando las suyas, se ocupase con preferencia en organizar el servicio fabril del Cuerpo, en una provincia donde abundaban las fábricas de armas y de un plantel de operarios como ninguna otra de España. Efecto de la organización foral de la provincia, Lizárraga hubo de contar en primer término con el Diputado general Dorronsoro, hombre de entendimiento clarísimo y notable por su gestión financiera. Hízolo así Dorda, y se convino en que se crease una fundición de cañones y una Maestranza de Artillería, á cargo del expresado oficial y del Teniente D. Leopólido Ibarra, dejando á las Diputaciones entera libertad para construcción y adquisición de armamento, y de un taller de recarga de cartuchos metálicos para la infantería. Más ade-

lante, ó mejor dicho, en aquellos días, se estableció también una fábrica de pólvora de fusil, cuyo importante artículo se hacía cada vez más necesario, y por lo difícil y casi imposible que se hacía su introducción por la frontera francesa. La citada fábrica se estableció en Azpeitia, al lado del camino de Urrestilla, en cuya instalación tuvieron no pequeña parte Ibarra y Dorda, especialísimos para esta clase de industria. Andando el tiempo, también se fabricó en ella pólvora de cañón, siendo Director facultativo el Sr. Ibarra, ingeniero industrial y hermano del anterior.

A la salida de la citada villa de Azpeitia, por el camino de Cestona, había una antigua fábrica para construir efectos de hierro, cañones de fusil y otros efectos del mismo metal, propiedad del Sr. Gurruchaga, la



(Véase el artículo de la página 301.)

cual se había cerrado desde la toma de Azpeitia por los carlistas, en atención á que su dueño había marchado á San Sebastián, á causa de sus opiniones liberales. Elegida la fábrica por los dos oficiales de artillería referidos, á ambos les cabe la indisputable gloria de haber puesto los cimientos á la única dependencia artillera, que dió abasto con el tiempo á dotar los cañones carlistas de todo su complicado y novísimo material de guerra. Referir las luchas que ambos oficiales sostuvieron para allegar recursos y operarios idóneos, para innovar y dar otro destino á los hombres y á las máquinas, sería tarea en la que invertiríamos muchas páginas. Baste decir que, tanto Ibarra como Dorda, cumplieron como buenos, y que su intelligenza toda, puesta al servicio de la causa carlista, unida á la feliz inventiva de ambos, sería suficiente para hacer la reputación de los oficiales extranjeros más entendidos.

Por ahora dejaremos este asunto, y mientras ellos llenan cumplidamente su honrosa misión, volvamos á los sucesos militares que acaecieron en la provincia de Guipúzcoa.

Insostenible iba haciéndose por demás la situación de los sitiados en Tolosa. La de la villa dió que pensar al Gobierno de Madrid, y en la imposibilidad de poder aumentar la División de operaciones de Guipúzcoa, hubieron de pensar en que el General Moriones viniese á ella para ver de mejorar el estado de Tolosa, reuniendo á la División del General Loma, la que operaba y había operado hasta entonces en Navarra, siquiera fuese por algun tiempo.

Noticioso el General Carlista Olo por sus confidentes del acuerdo de los Generales Loma y Moriones para el socorro de Tolosa, determinó ponerse en marcha el día 2 de diciembre, como así lo hizo, acompa-

nía abierta la puerta, apoyada en el umbral, miraba al cielo observando la marcha de la tempestad. Era tal mi miedo de quedarme á la intemperie hecho una sopa, que me colé de sopetón, y aunque lo intentó, no pudo impedir que entrase.—«Joven, advierto á V. que voy á cerrar.»—«Pues cierre V. y hablaremos. ¿Va V. á dejarme en la calle en semejante estado?»—Y al decirselo me aproximé á la luz para que me viese.—«¡Qué atrocidad!—repuso riéndose.—¡Bien ha aprovechado V. la nubl! Pero los últimos que se retiran en el pueblo acaban de marcharse, y bueno será que



entornemos.» Mientras ella cerraba y recogía los vasos, jarras, barajas y sillas que en desorden se encontraban por allí, yo me arrimé al hogar, buscando lumbre para secarme. Había poca, fué por leña á su corralillo y le ayudé á encenderla. Así que se levantó buena llama, empecé á desnudarme sin cumplimientos, picándole mucho la curiosidad tantas camisas puestas unas sobre otras; me trajo una manta, y acurrucado junto al fuego entablamos conversación animada.—«Pero vamos á ver: ¿Podría saberse á dónde se dirige V. con este temporal?»

ACCIÓN DE ALPENS

UNO de los hechos que en Cataluña dieron más lustre á las armas carlistas y mayor resonancia tuvo en el Principado, fué indudablemente la batallá de Alpens, en la que el Brigadier liberal Cabrinetty pagó con su vida el temerario empeño de aniquilar nuestras fuerzas.

Hallábase éste el 20 de Junio de 1873 en Igualada, y decidido á emprender una activa persecución contra nosotros, salió al día siguiente para La Llacuna, Torrellas de Foix, La Juncosa y Villarrodoná, apenas tuvo noticia de que las tropas carlistas que operaban en la provincia de Barcelona habían descendido de la alta montaña, después de haberse incorporado á ellas el Infante D. Alfonso.

Cruzados algunos tiros entre las fuerzas de ambos ejércitos en las cercanías de Olost y San Felú Saserra; herido el amor propio de Cabrinetty á consecuencia de un choque habido en las inmediaciones de Prats de

Llusanés con D. Alfonso, en el que, ocupando los carlistas el Grao de Torruella, apoyando su derecha en la ermita de San Julián y su izquierda en la llamada Cadira de Galcerán, fueron rudamente atacados por las tropas liberales, que á la postre tuvieron que huir á la desbandada á guarecerse en el pueblo; eclipsada por estos y otros encuentros la buena estrella de aquel Brigadier liberal; burlado su espionaje y deshechos á veces en un minuto los planes en que cifraba sus más halagüeños resultados, por las hábiles operaciones de su enemigo, salió al amanecer del día 9 de Prats de Llusanés, y anhelante de vengar el descalabro que sufrieran recientemente en San Quirico de Besora fuerzas del Gobierno, tomó el camino de Alpens.

Dos días antes llegamos los Zuavos con SS. AA. á unas casas de campo de la sierra del Viure, situada entre Gironella y Prats, pernoctando el día 8 en Alpens, en donde nos entregaron uniformes, mantas y mochilas. Los batallones de Savalls, Auguet y Vila del Prat llegaron á dicho pueblo el día 9, y juntos emprendimos la marcha hácia Alou, cuya aldea abandonamos después de una hora de descanso, volando á la misma población que horas anteriores nos había albergado.

Apenas el Batallón de Auguet tomó posesión de Alpens, una nutrida descarga de fusilería anunció que la columna Cabrinetty pugnaba por desalojarle, y fué su estruendo la señal precursora de aprestarse al combate con heroísmo.

Vila del Prat se desplegó á la derecha del pueblo; Savalls á la izquierda; nosotros operamos un movimiento para envolverles la retaguardia, encerrada en unas casas de campo llamadas Graell y la Vall, y don Juan Camps aceleró su marcha cuando el ruido del bregar le dió conocimiento del suceso, presentándose de improviso en el único camino por el que hubieran podido fugarse los que habían de ser derrotados.

Al entrar Cabrinetty en el pueblo, le reciben los nuestros con una descarga que anonada y dispersa á sus tropas; en vano á la cabeza de la vanguardia carga impetuosamente á la bayoneta; los voluntarios carlistas le rechazan con heroísmo, obligan á sus enemigos á encerrarse en las casas del arrabal y Cabrinetty cae mortalmente herido. Desalentados los soldados, por ver uños á su general ya difunto, y otros por encontrarse enteramente rodeados por un círculo de fuego, empezaron á rendirse, y á media noche teníamos en nuestro poder el cuerpo del famoso Cabrinetty con toda su columna, que la componían los tres batallones de cazadores de las Navas, Madrid y Mérida, dos piezas de artillería de montaña, 36 caballos de cazadores de Tetuán y toda la brigada con dinero y municiones de artillería é infantería. La bandera de nuestro Batallón fué atravesada por dos balas, como ya habrán leído nuestros lectores en otro número de EL ESTANDARTE REAL.

Esta memorable jornada fué un golpe de terribles consecuencias para la causa liberal. El parte del Gobierno, que verán á continuación nuestros lectores, da idea del pánico que infundió en el ánimo de nuestros enemigos tan importante victoria:

«Excmo. Sr.: Con esta fecha digo al Excmo. Sr. Capitán general de este distrito lo siguiente: Excelentísimo Sr.: Como jefe más antiguo de las fuerzas que á las órdenes del señor Brigadier D. José Cabrinety formaba su columna, habiendo resultado, E. S., que el citado brigadier fué muerto el día 9 en Alpens, en la acción habida con las facciones reunidas de Don Alfonso, Savalls y otros cabecillas, es mi deber hacer un relato detallado de los tristes acontecimientos de tan desgraciado encuentro. A las dos de la tarde del citado día, continuando la marcha, salió la columna de Prats de Llussanés, tomando la dirección de Alpens, porque se habían adquirido noticias de que en dicho punto las facciones reunidas habían resuelto esperarnos. A las siete de la tarde, y como una media hora antes de llegar al pueblo, recibió el señor Brigadier, á mi presencia, un aviso por un paisano mandado por el Alcalde de Alpens de que la facción había salido tomando la dirección de San Boy. En tal estado, y teniendo presente lo avanzado de la hora, continuamos la marcha; pero al dar la vista á Alpens, pudo notarse que una fuerza armada, que después de reconocida resultó ser carlista, se apresuraba avanzando para tomar el pueblo. Inmediatamente el señor Brigadier dispuso que las cuatro compañías de cazadores de Mérida que iban de vanguardia tomasen la población á la carrera, con motivo de evitar que el enemigo estableciese en ella sus posiciones. Así se hizo, en efecto; pero al llegar á las alturas de las primeras casas, un nutridísimo fuego se rompió contra nosotros desde distintos puntos que la facción había dejado ocupados antes de preparar el movimiento estratégico que ofreció á nuestra vista. Estas cuatro compañías lograron posesionarse de algunas casas de la población, en las cuales se guarecieron, no pudiendo sacar en adelante partido alguno de ellas, en atención á haberse apoderado de sus soldados un pánico horroroso, por el nutrido fuego que sufrían.

»Al mismo tiempo, todas las colinas que circuyen el pequeño valle donde se encuentra situado el pueblo, se coronaron inmediatamente de fuerzas enemigas, apostadas sin duda de antemano, como se comprende fácilmente por la rapidez con que se efectuó este movimiento. La columna, que en estos momentos se encontraba en el valle, principió á sentir el fuego que por todas partes se le hacía. Un terror inexplicable se apoderó del ánimo del soldado, una vez que vió las fuerzas que le rodeaban; todos cuantos esfuerzos se hicieron por parte de los jefes y oficiales, con objeto de organizar las fuerzas, fueron completamente inútiles, no haciendo caso alguno de las voces de mando ni tampoco de los respectivos toques de corneta. Una gran parte de la columna se dirigió á las primeras casas (donde ya se encontraban las compañías de vanguardia), desde las cuales no era posible tomar la ofensiva ni tampoco sacar de ellas al soldado para hacer algún movimiento. Con una pequeña fuerza que logró reunir el señor Brigadier al toque de llamada, estableció la artillería en una meseta inmediata á las casas de que llevo hecha mención, posición que se vió en la impo-

sibilidad de sostener por el nutrido fuego que por todas partes sufría, siendo además inútil sostenerla, por el ningún efecto favorable que podía obtenerse de los fuegos que de ella se hacían; por esto dispuso el señor Brigadier, viéndose además completamente abandonado, que avanzasen para protegerla siquiera las fuerzas que se hallaban en las mismas casas. Debo consignar, E. S., que en esta posición y al abrigo que prestaban dichas casas, y en un trozo de calle, en la corta extensión de unos 50 metros, se encontraban reunidas la artillería, la caballería, las acémilas y una gran parte de la columna, presentando una gran masa informe é inerte, sin que de ella se pudiera sacar partido alguno, desobedeciendo al señor Brigadier y á los jefes y oficiales, siendo inútiles cuantos medios emplearon: las palabras, amenazas, ruegos y castigos, todo fué en balde. En medio de esta confusión se trató de establecer las piezas al extremo de la calle, para ver de apagar el fuego nutrido que desde la torre se nos hacía. ¡Vano empeño! En esta operación fué cuando el señor Brigadier tuvo la desgracia de caer herido, muriendo instantáneamente.

»Este acontecimiento causó tal impresión en el ánimo de las tropas, que se declararon en una desbordada fuga; traté de contenerlos y arengarlos, infundiéndoles el valor con mis palabras, para vengar la muerte de nuestro digno jefe, pero inútilmente; así es que este movimiento de retirada se verificó sin orden de ningún género, separándose á cada momento fuerzas que, tomando distintas direcciones, iban á caer en poder del enemigo, que nos rodeaba por todos lados. Por último, el que suscribe, E. S., seguido de unos 20 hombres y algunos oficiales (de esta fuerza muy pronto me ví abandonado), pudo, merced á la sombra de la noche, ganar la salida del círculo en que durante siete horas estuve encerrado con la columna, pudiendo observar desde la posición que ocupaba que á las dos de la mañana, hora en que cesó el fuego, fueron sucesivamente entregándose las tropas, á la voz de «hay cuartel y viva Carlos VII». Omito algunos detalles, E. S., que pondré en su conocimiento á su debido tiempo, por el rubor que como militar me causa consignarlos; pero forzoso me es decir que este triste resultado obtenido es la consecuencia inmediata del estado de insubordinación en que se encuentra el soldado, pudiendo asegurar, sin que sea aventurado mi juicio, que las tropas, en el estado de indisciplina en que se hallan, no nos ofrecerán más que derrotas vergonzosas, cada vez que, como hoy ha sucedido, el enemigo nos haga frente. Lo que con el más profundo sentimiento tengo la alta honra de trasladar á V. E., por si sufriese extravío la precitada comunicación, y á fin de que lo antes posible ponga V. E. en conocimiento del Gobierno de la República el triste desenlace de la jornada del 9, esperando se adopten las medidas necesarias para vengar al ejército y dejar en el lugar que le corresponde el honor de las armas, á fin de que no sufra menoscabo la libertad, amenazada en estas montañas.—Salud y República democrática federal.—Vich, 13 de Julio de 1873.—E. S.—El T. C., Coman-

dante, José Pastor.—Al ciudadano E. S. Ministro de la Guerra.»

Si del relato oficial que acabamos de transcribir se descartan los motes que, con el engrudo de la saña, se intenta pegar al ejército carlista, no resulta del todo inexacto.

Lo malo que encierra son los consabidos epítetos de *cabecilla* y *facción*, que no rezan ciertamente con los que copan columnas enteras; antes bien, de rechazo van á clavarse en la frente de los que, según confiesa el citado parte, «no hacen caso alguno de las voces de mando ni tampoco de los respectivos toques de corneta», y «desobedecen al señor Brigadier», y «desoyen las palabras, amenazas, ruegos y castigos», y, en una palabra, que «su estado de insubordinación» las ponía en el duro trance de experimentar «derrotas vergonzosas cada vez que el enemigo les hiciera frente».

Frases son estas que después de leídas dejan columbrar al cabecilla y al faccioso en todos sus detalles, patentizando á la vez que *ambos señorones* estaban muy lejos de militar en las filas de aquellos que pocos días después de empañar el honor de las armas liberales en Alpens, rindieron á la villa de Bagá y alcanzaron un nuevo laurel glorioso con la conquista de Igualada.

GABRIEL JOSÉ LLOMPART.

NUESTROS GRABADOS

Don Carlos al tomar el coche frente á su palacio-alojamiento.

(Gran lámina suelta.)

Gracias á la amabilidad de nuestro General y distinguido amigo D. Elicio de Bériz, reproducimos de una fotografía de la época el presente asunto.

Sabido es de nuestros lectores que la villa de Tolosa fué muchas veces Cuartel Real de Don Carlos, y que jugó un papel importantísimo durante la última guerra. Si no pensásemos publicar la vista panorámica de tan bella población, nos extenderíamos mucho acerca de ella; por hoy nos limitaremos á referir el entusiasta recibimiento que los carlistas tolosanos dispensaron al Sr. Duque de Madrid, cuando les visitó por vez primera. Era el día 5 de Marzo de 1875. A la una y media de la tarde, el Comandante general de la Provincia, D. Hermenegildo D. de Ceballos, salió con sus ayudantes á encontrar á Don Carlos en el camino, y desde entonces fué ya indescriptible el movimiento y la ansiedad que reinaba en toda la población.

Las calles, vistosamente engalanadas, los balcones cuajados de espectadores, en ninguno de cuyos semblantes faltaba una sonrisa, fuerzas de nuestro valiente ejército tendidas en la carrera, un repique general de campanas, numerosos cohetes estallando en el aire, un arco triunfal de follaje, con muchos gallardetes de colores nacionales á la entrada y en el mismo sitio que ocupaban las puertas de la fortificación; todo esto hacia Tolosa, la hija querida que estuvo cautiva, al recibir la primera visita de su padre, esmerándose en borrar de su frente con adornos y galas las señales de su cautiverio.

La cimera del arco de triunfo formaba dos pequeños óvalos y un ovoide; en el óvalo superior se leía la inscripción siguiente: *Dios, Patria Rey*; en el ovoide esta otra: *La M. N.*

y *L. villa de Tolosa á su ansiado R. Don Carlos VII*; el óvalo inferior lucía las armas de la villa.

Don Carlos entró precedido de su escolta de infantería, del General con su E. M. y de la escolta de caballería, á los acordes de la banda de música del batallón del Carmen, mal percibidos por causa de los continuados vivas que salían de los balcones, desde donde la multitud agitaba pañuelos, prodigando al R... las mayores muestras de veneración y de cariño.

Después de entrar en la iglesia de Santa María á dar gracias al Todopoderoso por la protección que dispensaba á su Causa, se dirigió á su Palacio-alojamiento, siempre rodeado de multitud de gente y siempre frenéticamente aclamado.

Por la noche, la música del Carmen tocó escogidas piezas debajo de los balcones, en medio de una apiñada muchedumbre que en castellano y en vascuence gritaba delirante: ¡Viva el Rey!

Archiduques Francisco Salvador y María Valeria.

(Pág. 289)

El Archiduque Francisco Salvador, es hijo de SS. AA. II. y RR. los Archiduques Carlos Salvador y María Inmaculada, cuyos retratos publicaremos.

Es hermano segundo del Archiduque Leopoldo Salvador, y por consiguiente cuñado de Doña Blanca.

Nació el 21 de Agosto de 1866; en el ejército austriaco es capitán de dragones, y casó el 31 de Julio de 1890 con la hija del Emperador Francisco José, la Archiduquesa María Valeria, nacida en 22 de Abril de 1868.

Palacio de Murguía.

(Pág. 292)

El *palacio-casa-fuerte* de Murguía, como le llaman las escrituras que se conservan en el archivo del Excmo. Sr. Marqués de Valde-Espina, es antiquísimo, y uno de los 14 de *parientes* mayores rebajado por Enrique IV; y ya en aquel tiempo era inmemorial, según declaran las citadas escrituras.

En la primera guerra civil estuvo fortificado por los cristinos, que casi lo arruinaron. Restaurado por el actual Marqués, que lo rodeó de espaciosos jardines, volvió en la última campaña á atraer hacia sí las iras de los liberales, que, no contentos de convertirlo en fortificación, talaron los campos y jardines, demolieron los muros que lo circunían, quedando la casa destrozada, más bien que por los ataques de las tropas carlistas al tomarla, por los continuos fuegos que, una vez fué nuestra, le dirigían tres fuertes enemigos.

Tan histórico palacio se halla en la actualidad como nuestros lectores pueden ver en el presente grabado, y se hizo en él la debida restauración para poder servir de morada al hijo segundo del Marqués, D. Cándido de Orbe, que reside allí con su distinguida esposa. También pasa en él los veranos el Excmo. Sr. Marqués de Valpe-Espina. En el otro número publicaremos el palacio de Ermúa, que es una preciosidad.

Portugalete.

(Pág. 296)

No era empresa fácil la toma de esta villa; porque asentada en la ría de Bilbao, en la ensenada que allí forma el Cantábrico, estaba defendida por dos lados por el agua, y tenía además libre por mar sus comunicaciones con Santander y el resto de España. Dos goletas estacionadas en el abra impedían, con su poderosa artillería, la aproximación á la plaza por la